

# "UN MENSAJE DE LIBERACION INTEGRAL"

HOMILIA DE MONS. GERMAN SCHMITZ  
EN LOS 25 AÑOS DE SACERDOCIO DE  
JORGE ALVAREZ CALDERON Y GUSTAVO GUTIÉRREZ

*Presentamos a nuestros lectores la densa y emocionada homilía que Mons. Schmitz, obispo auxiliar de Lima, pronunció con motivo de los 25 años de ordenación sacerdotal de Jorge Alvarez Calderón y Gustavo Gutiérrez. Organizaron la celebración la Unión de Estudiantes Católicos y el Movimiento de Trabajadores Cristianos (de los que son asesores Gustavo y Jorge) y a ella asistieron unas 3.000 personas. Concelebraron 150 sacerdotes y 12 obispos y, en representación del Cardenal Landázuri, presidió Mons. Dammert, obispo de Cajamarca. La homilía destaca el enraizamiento de ambos sacerdotes en las más puras fuentes de la espiritualidad cristiana y su aporte imborrable de insistir en la interpelación recíproca de la consagración a Dios y el compromiso con el hombre.*

*Nosotros sentimos como nuestras las palabras de Mons. Schmitz y las ofrecemos con alegría a nuestros lectores.*

(N. de la R.)

Amados hermanos en el sacerdocio ministerial, estimados hermanos y hermanas en el sacerdocio bautismal:

No es fácil resumir 25 años de vida sacerdotal, tan ricamente vividos como los de Gustavo y Jorge, en los breves minutos de una homilía, menos aún si el tiempo está obstaculizado por algunas adversidades imprevistas, como por ejemplo, una pierna enyesada.

Pero felizmente las lecturas bíblicas escogidas para esta Misa ya han iluminado con su luz divina, inalcanzable para cualquier luz humana, lo que estamos celebrando como Asamblea Eucarística.

La Palabra de Dios siempre cuestionadora, orientadora, alentadora de nuestros criterios y nuestras reflexiones, de nuestras actitudes y nuestros comportamientos ya ha subrayado algunos aspectos imborrables de la vida de nuestros hermanos sacerdotes Jorge y Gustavo.

Así, por ejemplo, Isaías nos ha presentado la "unción por el Espíritu" que los hace participar como ministros cualificados del Sacerdocio de Cristo, fuente última de toda la luz y la fuerza de sus vidas; y nos ha expuesto la evangelización liberadora orientada hacia los pobres en el amplio contexto del "año de gracia" que manifiesta proféticamente la riqueza universal del Plan salvífico del Dios de la vida.

San Pablo, por su parte, nos ha presentado cuál es la fuerza profunda por la cual han obrado estos dos hermanos nuestros sacerdotes, reconociéndose humildes instrumentos en manos de Dios, porque es la fuerza de Dios la que renuevan y vivifican por la palabra que proclaman, por los sacramentos que difunden, por el compromiso sacerdotal asumido. San Pablo nos ha pintado las oposiciones y los rechazos a los que está sometida la vida del cristiano como participación en el Ministerio Pascual del Señor: Hemos vivido esta mañana uno de estos rechazos tan injustos en uno de los periódicos de Lima que pone la inclinación filosófica y la vida de uno de nuestros hermanos, no en la fe profunda en Jesucristo y en su servicio total a la Iglesia, sino en una ideología con la cual pretende explicar su entrega y la generosidad de su vida.

San Juan enriquece la vida del discípulo de Cristo con el don de la amistad con el Señor y desde el Señor, que culmina en la entrega de sí mismo al servicio del Dios del amor y de su Pueblo en la Iglesia.

Veinticinco años de sacerdocio aparecen ante la luz insobornable de la Palabra del Señor —les hablo por experiencia propia— con adelantos y retrocesos, con logros y debilidad

des; pero siempre iluminados y sostenidos por el amor de un Padre que en Cristo nos ama como sus hijos y nos une como hermanos en la comunidad eclesial.

Ante este Dios nos presentamos con ustedes, Gustavo y Jorge, para celebrar la "Eucaristía" dándole gracias por todo lo comprensible e incomprensible, por todo lo luminoso y oscuro; porque a través de todo ello se manifiesta el amor salvador del Padre.

Ante este Dios nos presentamos con ustedes para pedirle que les siga iluminando y fortaleciendo en los años por venir, conservándolos siempre fieles a todas las exigencias evangélicas de su entrega sacerdotal.

Ante este Dios queremos agradecerles por lo que su sacerdocio ha significado para nosotros en nuestra Arquidiócesis, en nuestra Patria, en nuestro Continente.

Al conmemorar la fecha de su Ordenación Sacerdotal no podemos olvidar que en aquel entonces sucedió en la fiesta de Epifanía. Permítanme retomar y ordenar algunas verdades y reflexiones a la luz de este Ministerio.

La dinámica de Epifanía, en cierta manera, compenetró su vida sacerdotal: la intimidad de ese diálogo existencial que se establece entre Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y los que El libremente elige como sus colaboradores ministeriales en la difusión de su Verdad y en la comunicación de su Vida por medio de la misión sacerdotal, profética y pastoral.

Esta dinámica de Epifanía se expresa en la iniciativa misteriosa de Dios que impulsó a los sabios de Oriente por medio de una interrogadora inquietud —"¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? ¡Porque venimos a adorarlo!"— hasta descubrirlo en el Niño de Belén, el infinitamente rico envuelto en pobreza, el Señor del Universo desplazado a un establo; y en la respuesta, fiel e incansable, de estos sabios que reconociendo con fe inquebrantable el impulso de Dios tuvieron el valor de postrarse para adorar la paradoja del Dios hecho niño, del Omnipotente hecho débil, del Todo hecho pobre, del Omnipresente empujado a la marginación; el valor de desprenderse de sus bienes para entregarlos al servicio del plan misterioso del Salvador; el valor de "volver por otro camino" después de este encuentro decisivo para toda su vida.

Jorge y Gustavo: su entrega sacerdotal los ha conducido por campos pastorales distintos —el mundo laboral y el mundo universitario— campos difíciles y como tales bastante desatendidos pastoralmente por la gran escasez de agentes

pastorales cualificados. Pero la dinámica de Epifanía los ha unido en la manera de responder a los retos concretos que estos dos campos planteaban:

Impulsados por el Espíritu Santo que los ha ungido sacerdotes y sostenidos por la fe en el Dios de la vida —fe enraizada en la Palabra de Dios, presente de manera operante en la Sagrada Escritura y en la tradición viva de la Iglesia—, ustedes han ido buscando en la realidad histórica de nuestro Continente Latinoamericano, creyente y pobre, el llamado del Señor Jesús, hasta reconocerlo de manera muy concreta, si bien no exclusiva, en los pobres, los predilectos de Dios a través de toda la Biblia; “el signo evangélico al que Jesús atribuye una gran importancia: los pequeños, los pobres son evangelizados”, según expresión de Pablo VI en la “*Evangelii Nuntiandi*” (12). Han reconocido al pobre en una doble perspectiva: en la perspectiva personal como desposeído de bienes destinados por el Padre Celestial para que todos sus hijos puedan vivir dignamente su vocación humana y cristiana; en la perspectiva estructural como “sectores sociales” resultantes en gran parte de mecanismos inhumanos que generan ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres (cfr. Juan Pablo II, Puebla III, 5).

Conscientes de la convergencia ineludible de las exigencias espirituales de la fe en el Dios de la vida y de los cuestionamientos y las interpelaciones provenientes de la vida real con rostros muy concretos en los que se reconocen los rasgos sufrientes de Cristo (Puebla 31 ss): sintieron la urgencia de anunciar la Buena Nueva a los pobres y de proclamar las interpelaciones que esta misma Buena Nueva plantea desde los pobres: esperanza y liberación, gratuidad y gratitud, desprendimiento y entrega, infancia espiritual y disponibilidad para el servicio, elementos todos éstos del “espíritu de pobreza” esencial para el seguimiento de Cristo, sintieron la urgencia evangélica de ponerse a disposición de “la venida del Reino de Dios”, promoviendo los dos valores radicales de éste —la filiación y la fraternidad— en el corazón del hombre por la conversión del pecado a la gracia y en las estructuras sociales por la transformación de la injusticia a la justicia, de la opresión a la liberación, de la marginación a la solidaridad. Fruto de todo esto de la ineludible acción redentora de Cristo en el corazón del hombre y en la historia de la humanidad.

Sintieron la urgencia evangélica de acompañar a cristianos en su compromiso personal y comunitario para ayudar a superar, “como levadura en la masa”, el falso ideal de felicidad centrado en el “tener más” riqueza, poder, placer, por el ideal evangélico centrado en el “ser más” hijo de Dios y hermano en Cristo; la desgarradora dinámica del “competir” irracional por la unificadora dinámica del “compartir”, solidario y fraterno que le da al “tener” su verdadero sentido.

Percibieron, de manera profundamente sentida en la fe y supieron transmitir evangelizadamente a tantos hermanos y hermanas, la necesidad de una liberación que arraigándose en la acción redentora de Cristo, transformara el corazón del hombre convirtiéndolo por la gracia en “nueva criatura” y se difundiera, afectiva y efectivamente, como actitudes y comportamientos de nuevas relaciones del hombre con Dios como Padre de todos, en total apertura de adoración y disponibilidad, consigo mismo en su dignidad de hijo de Dios, con derechos fundamentales inviolables; con los demás como hermanos en Cristo, en auténtica solidaridad; con los bienes de la Creación, como “señor” y no como “esclavo” de ídolos, con espíritu de “administrador” y no de “dueño”, viviendo en “espíritu de pobre” el desprendimiento expresado en la entrega de los dones de los sabios.

Todo esto en todas las dimensiones de la existencia humana: personal, familiar, comunitaria y social; económica, política, cultural.

Esta urgencia evangelizadora los movió a ir articulando en la comunidad eclesial de manera más o menos sistemática, todo un mensaje de liberación integral con la triple vertiente

profética: vertiente profética de anuncio esperanzador a una sociedad a la que se ofrecía los horizontes de un plan divino de salvación que iniciándose con todas sus limitaciones e imperfecciones, pero también con todo su sentido de misión divina, en la historia de la humanidad, alcanzara su plenitud como don definitivo de Dios “más allá de la historia” en la mansión eterna del Padre.

Vertiente profética de denuncia de todo lo que como pecado personal —“ruptura de la filiación con Dios”— con todas sus consecuencias sociales como “ruptura de la fraternidad” con el hombre, sobre todo con el pobre, oprimido y marginado, está en oposición diametral al plan divino de salvación “de todo el hombre y de todos los hombres”.

Vertiente profética de testimonio que expresa por la autenticidad de vida, personal y comunitaria, lo que proclama por la palabra.

Este proceso de articulación teológica, que para ser completo “toma en cuenta la interpelación recíproca... entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre” (E.N. 29), seguirá exigiendo en su elaboración mejoras y precisiones en su expresión, en la formulación de sus exigencias, en su integración con otras perspectivas teológicas, a partir de cuestionamientos legítimos para su cada vez más clara y nítida exposición, pero ya no se le puede negar el aporte imborrable de haber retomado la siempre antigua y siempre nueva insistencia de vincular en interpelación recíproca debidamente interrelacionada: amor a Dios y amor al prójimo, consagración a Dios y compromiso con el hombre, contemplación y acción, ortodoxia y ortopraxis, historia y escatología.

El informe evangélico del Misterio de Epifanía termina afirmando que los sabios regresaron “por otro camino”.

Todo encuentro con Jesús en la Palabra de Dios, en el Sacramento, en la comunidad eclesial o en el hermano que sufre, cuestiona hondamente la vida del discípulo que se deja impulsar por la dinámica de Epifanía, le hace buscar “otro camino” de respuesta más fiel, más coherente, más auténtica; le hace vivir la actitud de permanente conversión, es decir, de orientar nuestra existencia, por la luz y la vida de Cristo, el Señor, hacia la voluntad del Padre y hacia la venida de su Reino, como referencia definitiva y absoluta, y de ir caminando por las eventualidades cambiantes de la realidad histórica dejando en ellas la impronta transformadora de nuestro paso evangelizador.

Este “otro camino” se encuentra expresado en América Latina por documentos como Medellín y Puebla, éstos incluyen como servicio de evangelización de la Iglesia misionera “la opción preferencial por los pobres”, con todo lo que ésta implica como cambio de estilo de vida en cada cristiano y en cada comunidad eclesial para que la opción aparezca como una respuesta fiel a la interpelación evangélica del Señor.

Gracias, Jorge y Gustavo, por ir vislumbrando con todos nosotros este “otro camino” que partiendo de la pobreza de Belén y pasando por las exigencias del Calvario culmina en la “tumba vacía” del Misterio Pascual, del que brota esperanzadora la nueva vida que nos ofrece el Señor con la venida de su Reino, ahora en la historia con limitaciones e imperfecciones humanas, pero luego, “más allá de la historia”, en la plenitud de la gloria.

Antes de terminar quisiera que recordemos en este día a otros dos sacerdotes que también fueron ordenados junto con Gustavo y Jorge: el P. Emilio Kouri, fallecido trágicamente en un accidente aéreo en 1970, quien está celebrando con nosotros la Liturgia eterna y el P. Fernando Chang, quien está celebrando su aniversario en la Parroquia del Sgdo. Corazón del Callao.

¡El Señor los tenga a todos siempre en su amor!

AMEN